

HOMILIA SANTA MISA DE
GRACIAS POR
LA BEATIFICACIÓN DE
FRANCISCO MARIA
DE LA CRUZ DE JORDÁN

Basílica de san Pedro

16 de mayo de 2021

(Eminencias, Excelencias),

Reverendo Padre Milton Zonta, Superior General y Reverendos Padres de la Sociedad del Divino Salvador,

Reverendas Hermanas Salvatorianas,

Hermanos y hermanas de la Familia Salvatoriana esparcidos por todo el mundo,

Hermanos y hermanas, todos,

Nos encontramos en la Basílica de San Pedro, al día siguiente de la beatificación del P. Francisco María de la Cruz Jordán, para dar gracias al Señor por este gran regalo que ha dado a la Familia Salvatoriana y a toda la Iglesia. Dejémonos guiar por la invitación del Salmo 102 - que hemos proclamado como salmo responsorial - "Bendice, alma mía, al Señor, bendice su santo nombre. Bendice el alma mía al Señor, no te olvides de todos sus beneficios".

Me alegra unir mi voz y mi corazón a sus voces y corazones en este himno de alabanza y júbilo, también recordando mis contactos con los Padres Salvatorianos de Venezuela: la alegría de hoy aumenta la alegría que han experimentado ellos recientemente, junto con todo el pueblo venezolano, por la beatificación del "médico de los pobres" José Gregorio Hernández. A ellos, como a todos los que nos siguen a través de los medios de comunicación social, ¡mi saludo fraterno y cordial! ¡Damos gracias a Dios que, en su inmensa bondad, nunca nos priva de la presencia de los santos!

Hoy, en el Vaticano, celebramos el séptimo domingo de Pascua (la solemnidad de la Ascensión del Señor fue el jueves pasado) y, por feliz coincidencia, la liturgia nos hace escuchar un pasaje evangélico, que está tomado del capítulo diecisiete de Juan, un capítulo que era especialmente querido por el nuevo Beato.

A través de la meditación constante y amorosa de la Palabra de Dios, sintió un fuerte llamado interior, que luego se reveló como la misión específica de los Salvatorianos, es decir, profundizar y difundir el conocimiento de Jesús, como el verdadero y único Salvador del mundo. . Ahora, la idea de fundar una obra apostólica, animada por esta vocación, se hizo patente en él, cuando, estando en Tierra Santa, escuchó unas palabras iniciales de la oración sacerdotal del Señor (que se encuentra, precisamente, en capítulo 17 del Evangelio de Juan). Inspirando su vida y obra misionera, el versículo 3 quedó especialmente grabado en el corazón del Beato Jordán: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo".

Si bien este concepto no se retoma explícitamente en el pasaje evangélico de este VII Domingo de Pascua, sin embargo resuena de alguna manera en él. La oración sacerdotal de Jesús, en efecto, a pesar de tener una forma compleja, está sin embargo cubierta por un aliento unitario donde todos los diversos temas presentes en ella confluyen y se vinculan, iluminándose entre sí.

Por tanto, quisiera centrar la atención en dos puntos del Evangelio de hoy, que nos ayudan a profundizar en qué consiste el conocimiento de Jesús: me refiero al tema de la "palabra" y al de la "unidad". Podríamos decir que el primer término ("palabra") indica la fuente que nutre el conocimiento de Jesús; mientras que el segundo ("unidad") indica su fruto.

"Palabra". El Señor Jesús, volviéndose al Padre, dice: "Yo les he dado tu palabra" (v. 14); y otra vez: «Santifícalos en la verdad. Tu palabra es verdad »(v. 17). El conocimiento de Jesús nace y se profundiza en la escucha de la Palabra de Dios, que está en las Escrituras. Uno no se convierte en discípulo de Cristo sin un contacto amoroso y continuo con la Biblia. Un contacto - por supuesto - no dictado por una especie de "deber de oficio", sino por una familiaridad que siente la necesidad de renovarse cada día, revitalizándose en la calidez de una presencia querida. Por eso, el discípulo de Cristo, incluso antes de anunciarlo a los demás, es aquel que vive de la Palabra, que con el paso de los años siente una

necesidad creciente de ella, que encuentra su mayor consuelo entre las páginas bíblicas y todo lo que da sentido a la vida.

Como escribió el beato Francisco María de la Cruz en su diario espiritual: "Lee a menudo la Sagrada Escritura, o mejor dicho, no la dejes caer nunca de tus manos" (DE I / 145).

Me vienen a la mente las figuras de los Padres de la Iglesia, vividas en una meditación ininterrumpida de las Escrituras. Por ejemplo, San Juan Crisóstomo que afirmó: «Aunque el mundo entero esté trastornado, tengo su Escritura en mis manos, leo su Palabra. Ella es mi seguridad y mi defensa». Más allá del inevitable caos de la vida y la historia, sintió que no estaba solo: "Leo su Palabra. Ella es mi seguridad y mi defensa". Al abrir el libro de la Biblia, sintió no solo una experiencia cognitiva, sino un encuentro vital con el Señor. Y es esta experiencia la que asegura que los discípulos de Jesús, en todos los tiempos, difundan su conocimiento. Incluso antes que con palabras, lo hacen a través de su vida diaria, que transcurre al ritmo de la Palabra.

La Palabra de Dios se convierte así en lámpara para nuestros pasos: la primera lectura nos ofrece un ejemplo de cómo ayuda a interpretar los acontecimientos, orientando concretamente la vida. Utilizando dos versículos de los Salmos meditados extensamente, el apóstol Pedro reinterpreta el doloroso acontecimiento de la traición de Judas, dentro de una visión clara, sin acritud ni pretensión. Incluso esa herida encuentra un lugar. Dice: "Era necesario que se cumpliera lo predicho por el Espíritu Santo en la Escritura ..." (Hch 1,16): no se trata de fatalismo; Iluminado por dos versículos bíblicos, Pedro captó la lógica interna de esos acontecimientos. Parece que su relectura de lo sucedido tiene la misma calidez, la misma serenidad de mirada del misterioso Caminante, que en el camino de Emaús, hablando a la luz de las Escrituras, había hecho arder el corazón de dos discípulos, escandalizados por la Cruz (cf. Lc 24, 13-35). Como el Maestro, también Pedro reaviva la esperanza: trae una palabra clara a la comunidad cristiana. Su discurso no entierra un pasado sin resolver, no deja una carga por arrastrar. El pecado humano ya no escandaliza, y la no-plenitud humana ya no es un problema, porque el plan de Dios no ignora los límites de nuestras comunidades.

Pero gracias a una visión que sabe releer los hechos con ojo bíblico, uno se vuelve constructivo. Pedro entonces le dice a la comunidad de creyentes que es necesario restaurar la plenitud: el pecado del hombre no debe bloquear definitivamente, no es algo que deba aceptarse supinamente. Y aquí está la

elección de Matías. La comunidad reza y demuestra una gran libertad. "Echar suertes" significa en este caso disponibilidad del corazón: la comunidad se pone completamente de nuevo en manos del Señor. Después de la comparación de diferentes opiniones que llevaron a la presentación de dos candidatos, la elección está reservada solo al Señor.

Una comunidad que avanza en el conocimiento de Jesús siempre le da primacía en las decisiones más importantes y delicadas. Los personalismos se dejan de lado, las facciones pierden vigor, mientras que las diferentes opiniones se mueven gradualmente hacia un destino armonioso.

Por este camino llegamos al segundo punto de nuestra reflexión, el tema de la "unidad" (ser uno) que fluye naturalmente del conocimiento de Jesús: es, como decíamos, su fruto. Por lo tanto, no estamos en la esfera de una moralidad extrínseca de "cosas que hacer", sino de la moralidad de los frutos, a la que, por ejemplo, se refiere el Salmo 1: "[El justo] es como un árbol plantado junto a corrientes de agua. , que da fruto a su debido tiempo "(v. 3).

Jesús, alzando los ojos al cielo, oró así: " Padre Santo, guárdalos en tu nombre a aquellos que me has dado, para que sean uno como nosotros" (Jn 17,11). La unidad por la que Jesús ora es la de los discípulos entre sí; pero el alma y el fundamento de esta unidad deben buscarse arriba, es decir, en la unidad con el Padre y el Hijo. Como el Padre y el Hijo son uno, porque el Padre se refleja en el Hijo, así los discípulos encuentran en el reflejo de este espejo de ellos, el verdadero y último fundamento de su unidad.

San Juan -como hemos escuchado en la segunda lectura- también escribe estas palabras: "Si nos amamos, Dios permanece en nosotros y su amor es perfecto en nosotros" (1 Jn 4, 12). En nuestro amor humano y cristiano, en nuestro amor mutuo, se produce un acontecimiento grandioso: el amor que desciende de Dios alcanza su perfección, haciéndose visible nuevamente (como en Cristo), capaz de crear esa fraternidad abierta entre los hombres, "que permite que cada uno sea reconocido, apreciado y amado "(Fratelli tutti, n. 1).

El germen de la vocación apostólica del Beato Francisco Jordán brotó del estudio y la meditación asidua de la Palabra de Dios. El conocimiento de Jesús, que nos permite presenciarlo en todas partes, comienza y se profundiza siempre en la estela de la escucha orante de la Palabra de Dios; si esto no sucede,

seremos capaces de comunicar a los demás ideas interesantes y brillantes, pero ciertamente no el buen perfume de Cristo.

En la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, el Santo Padre escribió: “La mejor motivación para decidir comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos así, su belleza nos asombra, cada vez vuelve a fascinarnos”(n. 264).

El conocimiento de Cristo, como verdadero y único Salvador del mundo, para ser transmitido a los demás, requiere una genuina espiritualidad bíblica en todo momento. Así se forma el hombre espiritual, que no es el que aspira abstractamente a los "bienes superiores", sino el que ve y trata los bienes visibles según Dios, propiciando un clima de verdadera fraternidad a su alrededor.

Los que andan por los caminos de la santidad dejan una huella duradera en la tierra, siempre en beneficio del hombre. Esto también le sucedió al Beato Francisco Jordán, y hoy lo atestigua la presencia de su Familia Salvatoriana, llamada, a su vez, a tener un efecto benéfico allí donde sea llamada a cumplir su misión.

En esta ocasión tan feliz y solemne, que nuestro encuentro aquí rezando juntos en la Basílica de San Pedro sea un signo que os confirme y aliente en vuestro servicio generoso, realizado en estrecha relación con la Iglesia universal, como quiso el Beato Francisco Jordán, dejándolo escrito en su testamento espiritual: "Sed siempre verdaderos y fieles hijos de la Santa Madre Iglesia de Roma, enseñad lo que ella enseñe, creed lo que cree y detestad lo que ella detesta".

También lo pedimos a María, a quien Francisco María de la Cruz Jordán amó y veneró con extraordinaria piedad como Reina de los Apóstoles y Madre del Salvador.

Y que así sea.